

Diálogo sentimental

Solo los seres humanos cambiamos, iba pensando Manuel a medida que avanzaba por el pequeño sendero, cubierto de agujas de pino seco que le hacían resbaladizo especialmente en el trozo final que se deslizaba hasta las rocas que recibían la caricia del agua mediterránea.

Su pensamiento melancólico intentaba explicarse sin resultado su situación actual, de completa soledad en aquel camino que tantas veces recorriera en compañía de Anita, prescindiendo de la belleza del paisaje y del mar, absorto en la mirada clara de ella que le parecía más diáfana y transparente que ningún otro elemento de la naturaleza.

Pero el recuerdo no quería tampoco ayudarle en su ansia de huida. Y los ojos claros y dulces eran superados por un primer término de otros crueles y fríos, cargados de duro cinismo cual los viera la última vez en que ella le comunicara su adiós definitivo, basándose en tan insubstancial como absurdo motivo e hiriéndole con el más bajo de los desprecios.

Pensaba en la indiferencia humana de la cual era víctima por parte de la que había creído fiel compañera. Y también si él a la vez no había incurrido en el mismo desliz con lo que fué escenario de dulces horas, cerrado en su propio egoísmo humano sin una sola mirada de gratitud al paisaje y al mar que ahora se agrandaban en su paseo de huida de cuantos pretendían interesarle con su para él banales e incongruentes consejos.

Porqué todo era absurdo, roto el encanto de una razón de ser que le acompañara durante meses y meses, tras los que se le imponía una realidad fría y descarnada, cual la negación de un supremo sentir que quizás fuera ficticio, ya que le fué negado.

Cerrado en si mismo, en un mundo que creara, profanó con su olvido las bellezas de la naturaleza allí tan espontáneamente prodigadas, aunque se le antojaran en este momento de extrema frialdad. Su soledad espiritual quizás fuera resultado de su falta de apreciación por olvido de cuanto es digno de ser admirado por su grandeza.

Le faltaba espíritu. Ese espíritu que nos acerca a la fé que es base de las ansias de vivir. Fé hacia los demás y hacia consigo mismo. Esa fé, acompañada siempre de su hermana la esperanza, que al desaparecer la primera le parecía que nunca más hallaría la segunda.

La buscaba, pero ningún ser humano sabía darle el camino o él era incapaz de encontrarlo.

Llegó hasta la roca que recibía las caricias del mar. Se sentó en ese límite de tierra y agua, mirando con desolación hacia el interior y con reposo hacia el mar. En esa hora que media entre la marcha del sol y la llegada de la luna, hora indefinida, porqué no corresponde ni al día ni a la noche, pues no impera ni la brillantez del sol ni la tenue luz de la luna; por eso quizás, es la hora de la paz total; la del espíritu.

Recostó su cuerpo cansado cerrándose lentamente sus párpados, mientras a sus oídos llegaba el susurro del agua en su pausado chocar con la roca.

En el sueño cansado del mundo de los vivos, el susurro se convirtió en diálogo, cual si el espíritu de agua y roca, tan pronunciados como desaparecidos en sus materias, dieran plena manifestación exterior, la primera a su coquetería, la segunda a su extrema austeridad que bien podía ser desconfianza con su inmóvil y frío ser de apariencia insensible. Precisamente, el diálogo de los elementos hecho perceptible y comprensible al ser humano era este en que el mar casi apostrofaba a la roca.

—Eres incapaz de comprenderme querida roca, a pesar del tiempo que nos conocemos y nos queremos... iba diciéndole.

—Yo solo sé que te quiero aunque en ti haya cosas que no alcanzo a comprender, contestaba la roca.

—Quién no comprende es que no ama.

—Falso. Por nuestras materias hay diversidad de reacciones no siendo de extrañar que en ciertos momentos haya discrepancias. Pero viéndolas o pareciéndonos que las vemos, si se admiten es señal que se ama...

—Pero últimamente tú no quisistes admitirlas...

—Esperaba sentirte cerca de mi por un medio u otro, y en lugar de esto me contastes que habías estado con otros seres con los cuales te sentías muy agradablemente.

—Te decía agradable, pero no feliz.

—Y yo sé, encontrarás lugares y cosas más agradables que yo. Mi materia es dura. Soy inmóvil. Mi exterior, ya lo ves, no ha podido ablandarse ni con tus caricias. Por contra vienen a tí otros con más gallardía, más belleza. Barcos... yates...